

Agricultura de re-existencia¹

**Sonia Irene Cárdenas Solís gataceniza@yahoo.es
Universidad Nacional de Colombia*

Resumen

La Agricultura campesina es una realidad de gran magnitud en América Latina, no obstante, los enfoques con que se mira suelen tipificarla como una agricultura atrasada y en descomposición que debe transitar hacia una capitalista. Otros enfoques se centran en los aspectos de marginación y opresión que el contexto le impone, olvidando el potencial del campesinado para marcar trayectorias de resistencia. Desde estas perspectivas no puede leerse la riqueza de la diferencia ecológica, cultural y económica que ella comporta, ni explicarse porque persiste a pesar de su anunciada desaparición. Este artículo la mira tomando elementos del pensamiento decolonial, de las alternativas al desarrollo, de las críticas al modelo civilizatorio y de los planteamientos sobre lo comunal y lo relacional; propone 6 características que toman en cuenta el mundo relacional donde las gentes coproducen con la naturaleza y construyen múltiples vínculos con el territorio.

Destaca que la agricultura de autoconsumo, componente integral de la agricultura campesina, salvaguardó la diversidad y conocimientos que la agricultura capitalista con sus paquetes homogeneizadores descartó. En ello las mujeres han tenido un papel preeminente dinamizando sistemas agroalimentarios diversos y localizados, y el tejido de relaciones que apoya el sustento y la persistencia campesina. Así, la agricultura campesina resiste a la desterritorialización, a la disolución de las identidades individuales y colectivas de estas sociedades y de quienes la conforman, reinventa territorios y modos de producir, lo que hemos llamado agricultura de reexistencia.

¹ El contenido de este artículo se presentó el 23 de abril de 2015 en una charla en el Grupo Interdisciplinario de Estudios sobre América Latina de la Universita catholique de Louvain, Bélgica.

Palabras claves: agricultura campesina, autoconsumo, agricultura de re-existencia, características, territorio, coproducción con la naturaleza, tejido de relaciones, papel de las mujeres.

Abstract

Peasant farming is a reality of great magnitude in Latin America. Nevertheless, approaches that study this reality often characterize it as a backward agriculture in decay, which needs to develop into a capitalist form of agriculture. Other approaches focus on aspects of marginalization and Zootecnista Universidad Nacional de Colombia, Máster en agroecología de la Universidad de Córdoba, España. Estudiante del doctorado recursos naturales y sostenibilidad de la misma universidad

Oppression that the context imposes on it, forgetting the potential of the peasantry to develop trajectories of resistance. By means of these perspectives it is not possible to grasp the rich ecological, cultural and economic diversity that underlies neither peasant agriculture, nor can they explain why it persists in spite of its announced disappearance. This article looks at peasant agriculture combining elements from decolonial thinking, alternatives to development, critiques to the model of civilization and from proposals about the communal and the relational; It proposes six characteristics that take into account the relational world where people co-produce with nature and build multiple linkages with the territory. Its stresses that subsistence agriculture, an integral component of peasant farming, has safeguarded the diversity and knowledge that capitalist agriculture with its homogenizing packages discarded. In this, women have played a prominent role by reinforcing diverse and localized food systems and strengthening the web of relationships that supports rural life and persistence of the peasantry. Thus, peasant farming resists deterritorialization, the dissolution of individual and collective identities that shape peasant societies, intervenes territories and modes of production, including those that we have called re-existence agriculture.

Keywords: peasant farming, subsistence, re-existence agriculture, characteristics, territory, co-production with nature, network of relationships, the role of women

Introducción

Este artículo se basa en la experiencia de 20 años de trabajo con comunidades campesinas de Colombia, con población desterrada por la guerra y con mujeres campesinas e indígenas, acompañando y construyendo conjuntamente diversas propuestas y estrategias agroecológicas, formativas y políticas.

En estas experiencias, las mujeres marginadas, sin recursos y en una posición subordinada, se han agrupado para transformar su realidad y así mismas. Sobresale que, en un contexto de feminización de la pobreza, desruralización, conflicto armado y desplazamiento forzado, estén construyendo alternativas de resistencia y de re-existencia. En el proceso han ganado concienciación sobre el valor de su papel como productoras, gestoras de la eco-

nomía local y nacional, portadoras de conocimientos; han ganado espacios en los predios, en las familias y han accedido a recursos. Además, el proceso ha tenido interesantes consecuencias culturales en ellas, su grupo familiar y su entorno local. Los logros conseguidos sin embargo siempre están en riesgo de perderse, surgen entonces múltiples preguntas: ¿Es posible que su producción campesina pueda sobrevivir? ¿Podrán avanzar y resistir al contexto, para mantener la identidad (campesina) y el control sobre sus territorios? ¿Es posible que resistan y avancen?

Estas preguntas motivaron la realización primero de una tesina de maestría de Agroecología en el Instituto de Sociología y Estudios Campesinos de la Universidad de Córdoba, España, en la que exploré el proceso de transición agroecológica realizado por mujeres campesinas, basado en tres aspectos: subsistencia, sostenibilidad y autonomía. Ahora en mi tesis de doctorado en el Programa de Recursos Naturales y Sostenibilidad de la misma universidad, pretendo ahondar en la lectura de la agricultura campesina para comprender por qué persiste a pesar de la presión para su desaparición. Encuentro que una clave de ello es su componente de autoconsumo, el cual desarrollan de manera preeminente las mujeres. Compartiré entonces algunos avances de mi exploración sobre ello.

Agricultura de autoconsumo: ininteligible para los enfoques convencionales

La Agricultura de Autoconsumo (AA) ha persistido a pesar de la invisibilidad con que ha sido tratada por el desarrollo en el proceso modernizador y por las políticas que han devenido en un constreñimiento y riesgo de su desaparición y parece constituir una

alternativa de persistencia de la Agricultura Campesina (AC). Puede verse en esta agricultura y en quienes la hacen prácticas y discursos que expresan una diferencia cultural, ecológica y económica y una identidad enraizada en el territorio.

La modernización agrícola ha sido el paradigma² central que ha trazado (como diría Santos, 2010) la línea que deja la agricultura campesina y la de autoconsumo y a quienes la realizan, del lado invisible e ininteligible para los aparatos de medición de quienes la han dibujado.

El papel de las mujeres en las prácticas de la AC y especialmente en las de autoconsumo es muy relevante, pero también bastante invisibilizado. Asignadas culturalmente a las tareas de cuidado, tienen una fuerte focalización en este tipo de agricultura al permitirles el cumplimiento de múltiples funciones que facilitan la subsistencia. También por ello su inclinación a cuidar las fuentes de agua, el suelo, el bosque, toda vez que sin ellos no es posible la obtención de los productos para el sustento. La invisibilidad de su labor, negar o restringir el acceso a estas fuentes así como a medios de producción, recorta las posibilidades de subsistencia de las unidades productivas y hace más difíciles las labores desempeñadas por las mujeres.

La realidad muestra que la agricultura campesina es un fenómeno de gran magnitud en América Latina, donde la contribución de la agricultura familiar al PIB agrícola es del 30-40% y ocupa a dos de cada tres personas, especialmente mujeres (Comunidad Andina, 2011), pero puede ser mucho mayor,

2 "Teoría cuyo núcleo central se acepta sin cuestionar y que suministra la base y modelo para resolver problemas y avanzar en el conocimiento": Diccionario esencial de la Real Academia Española (2006).

puesto que el PIB no registra la agricultura de autoconsumo (Forero, 2003).

Lo alternativo ha existido y existe, mas es bastante difícil mirarlo como tal desde un saber producido como dominante que a la vez produce la invisibilidad de lo que no está bajo sus parámetros (Santos 2006, 2009; Escobar, 2007). En este sentido Santos (2006), explica que no se puede esperar ideas nuevas de las ciencias sociales hegemónicas, pues están atrapadas en las concepciones de la modernidad que ha desconocido otros sistemas de conocimiento producidos fuera de su paradigma.

El escritor colombiano William Ospina (2015), nos dice de manera muy elocuente que aunque América es hija de la modernidad, desde la llegada de su avanzada y de la sociedad mercantil, se vio que nuestro continente no iba a seguir la misma ruta europea. Para él, no puede entenderse nuestro continente con lógicas lineales (procedentes del viejo continente), pues si bien nuestros países nacieron de la modernidad, en ellos conviven todos los tiempos, lo que da lugar a toda suerte de paradojas. Es una forma diferente de pensar que refleja mejor nuestra realidad. Por ello, para el autor, no es posible comprender lo que sucede aquí con las teorías yuxtapuestas de otros contextos.

Otro paradigma y enfoques para mirar la realidad

Entonces ¿Qué nuevos enfoques pueden aportar elementos claves con los cuáles leer la agricultura campesina y de autoconsumo con todas sus diferencias?

La modernización después de la posguerra introdujo el desarrollo como discurso y práctica social y produjo la noción de “zonas subdesarro-

lladas”. Con ello estableció las ideas de progreso, riqueza y bienestar como metas a alcanzar por todos los países a través del seguimiento de una serie de fórmulas aplicadas por la institucionalidad oficial. Estas ideas fueron instauradas a través de varios mecanismos, como la profesionalización e institucionalización, que las llevaría por los rincones del planeta (Escobar, 2014).

Desde su implantación surgieron diversas corrientes críticas que se han ido fortaleciendo en la medida que las fórmulas del desarrollo en el llamado “Tercer Mundo”, mostraron como consecuencias, subdesarrollo y mayor empobrecimiento (Guzmán, 2006), creado además con apropiación violenta (Santos, 2010) y con la negación de las potencialidades de sus propios actores y actoras para construir el presente y las trayectorias de futuro.

En estas corrientes, el antropólogo colombiano Arturo Escobar (2014) destaca cinco áreas interrelacionadas que “están trazando sus trayectorias intelectuales y políticas por los vericuetos epistémicos y sociales (culturales y políticos) del Continente y tejiendo un paisaje diferente de pensamiento, campos de estudio, y procesos políticos y culturales al que prevaleciera hasta hace un par de décadas” (pág. 38).

A consideración del autor estas son: los estudios sobre modernidad, colonialidad y decolonialidad (pensamiento decolonial); el marco político y teórico de alternativas al desarrollo; las propuestas de transformación social y económica, como los discursos de “transición”; el área que aborda las críticas al modelo civilizatorio occidental; y la postura teórica y de resonancia en los movimientos sociales en su práctica política sobre lo relacional y lo comunal (pluriverso).

Estos enfoques tienen en común las críticas a la *modernidad* erigida como única fuente de conformación del mundo (de posibilidades de la realidad) y a la *racionalidad* como principio de universalización de toda la riqueza de los grupos humanos; a la irrupción del *capitalismo* como orden socioeconómico insuperable que permitirá a todos disfrutar de los progresos de la modernidad; y a la idea del *desarrollo* equiparado a crecimiento económico como ruta inequívoca que llevará la modernización a todo el planeta. Cuestionan el hecho de que el proceso modernizador ha podido erigirse como paradigma dominante bajo un pensamiento colonizador, por lo que buscan descolonizar el pensamiento y las alternativas, escuchando la voz y las propuestas que desde cada contexto producen sus protagonistas.

Planteo entonces situarme desde éste paradigma alternativo a la vía de la modernización y el desarrollo que está siendo construido de manera muy fértil por diferentes corrientes teóricas y movimientos sociales particularmente en América Latina, pero también en el Norte global. Dado que elegir los conceptos marca también la elección de la metodología (Escobar, 2007), me ubico conceptual y metodológicamente en los postulados de la Investigación Acción Participativa, la Investigación militante, el ecofeminismo y la agroecología que convergen en este paradigma alternativo a la vía de la modernización.

El contexto de Colombia

La persistencia del campesinado en Colombia y su significado frente a la esperada modernización o desaparición de los que no llegaren a modernizarse, tiene unas connotaciones bastante fuertes en comparación con otros contextos, dado que la guerra

interna de más de 50 años, tuvo sus inicios en las condiciones de marginación y desposesión del campesinado y en la insistente pretensión de exterminio armado de sus luchas por parte de terratenientes, de clases políticas o de alianzas de éstos con capitales extranjeros que mantienen grandes intereses en sus territorios.

El proceso de desarrollo capitalista que busca la reproducción del capital y que en sus múltiples crisis reinventa maneras de seguir creciendo, necesita territorio. Territorio donde puedan vincularse nuevas áreas de cultivos para los mercados internacionales, donde puedan extraerse minerales y fuentes combustibles, y donde puedan construirse nuevas presas, vías y puertos para circular las mercaderías. Por ello los territorios de las llamadas comunidades tradicionales siguen siendo objeto de los “proyectos de desarrollo”. Así, se encuentra en nuestro territorio proyectos en la región Caribe, Andina, Orinoquía, Amazonia y Pacífica, de extracción de recursos que en realidad son un agotamiento de ellas, de la vida y del esfuerzo humano que las ha preservado o cocreado.

En nuestro país éste proceso modernizador ha sido en extremo violento, por lo cual los enunciados de depredación de los territorios (de la naturaleza) y de penetración militar para garantizarla, cobran validez, así como los enunciados de *re-existencia* de sus identidades, de sus modos de pensar y de producir.

Prácticamente todo el país ha vivido el aseo de la guerra, los enfrentamientos entre diferentes actores armados: guerrillas, paramilitares y ejército legal. En cinco décadas de conflicto social y armado, campesinos y campesinas, pueblos indígenas y afros han vivido entre el dolor de los horrores

esparcidos y la refundación cotidiana de la esperanza. Cuando han salido a la luz los hechos vividos bien sea en la reconstrucción histórica que ha hecho la “Ruta Pacífica de las mujeres colombianas” (2013), o en el Informe del Centro Nacional de la Memoria Histórica (2014), o en las declaraciones hechas por paramilitares durante los procesos de desmovilización (2005-2007) e incluso hasta el año 2015, o cuando se leen los textos que analizan este devenir de miserias humanas, o cuando se leen las noticias, cuesta creer que haya sido posible vivir y pasar tantos vejámenes y cuesta creer cómo pueden seguir haciendo camino quienes han sobrevivido. También cuesta adentrarse en el corazón de los guerreros para saber sus impulsos, sus motivaciones y cómo siguen la vida, si las voces apagadas les despiertan o si el alma humana logra sosiego.

En este contexto, temas como igualdad y violencia están imbricados, o temas como alternativas y movimientos sociales son profundamente cruzados y enfrentados a proyectos que buscan extraer las riquezas de los territorios y usufructuar el trabajo de sus gentes, bajo la premisa de la irrigación de beneficios del desarrollo para el conjunto de la población. La realidad es contundente y muestra a Colombia como un ejemplo característico de acumulación de capital por la vía de la desposesión (Castro, 2012). Las cifras señalan la dramática depredación de recursos en los territorios: 5,2 millones³ de campesinos y campesinas desplazados violentamente de sus regiones, y el despojo de 8 millones de hectáreas⁴,

muchas de las cuales fueron integradas en proyectos de desarrollo minero y de monocultivos de caña y palma africana. No obstante, entre estos grupos campesinos algunos han retornado a sus tierras o están en la lucha por recuperarlas, en el marco de esperanza que abre la ley de restitución de tierras de 2011 y la negociación política del fin del conflicto armado entre el gobierno colombiano y la guerrilla de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), que se realiza actualmente en Cuba. La situación nombra de nuevo la persistencia y el anhelo por rehacer su modo de vida en sus territorios.

Cuando echamos un vistazo a las zonas rurales del país, encontramos por todas partes gentes cultivando, trazando la vida y vínculos en sus territorios, repitiendo la trayectoria de agricultores y agricultoras desde que la domesticación inauguró la revolución neolítica. Pero no sólo agricultores, también pueblos pescadores, y pueblos seminómadas que aún existen en nuestro país, continúan creando relaciones con la naturaleza, observándola, conociéndola y co-evolucionando con ella para obtener el sustento.

Estas comunidades despliegan en sus territorios prácticas culturales, económicas y sociales de apropiación de la naturaleza, no como propiedad privada, sino como, prácticas que involucran conocimiento, lección y cooperación; son grupos que marcan trayectorias diferentes a las que ha prescrito el proceso modernizador del desarrollo.

3 Cifras de 1985 a 2010 de la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento Forzado CODHES, Boletín 77 de febrero 15 de 2011.

4 Programa de Protección de Tierras y Patrimonio de la Población Desplazada (PPTD) 2011. En: González, Camilo. Razón Pública, abril 11 de

2011: <http://www.razonpublica.com/index.php/conflicto-drogas-y-paz-temas-30/1954-la-verdad-de-la-tierra-mas-de-ocho-millones-de-hectareas-abandonadas.html>

La agricultura campesina

Mirando la agricultura con las lentes de la diversidad del mundo y de las paradojas que encarna la coexistencia de múltiples culturas y modelos organizativos de la sociedad, podemos ver una gama de sistemas agrarios que conviven en los territorios y reflejan también variaciones en las características del campesinado. Sin embargo, las teorías de la modernización lo enfocan en dos polos de una autopista que éste transitará partiendo desde su condición económicamente marginal hasta llegar a la agricultura capitalista. Y esto no sólo en el contexto de América Latina, sino, según el sociólogo holandés Jan Douwe van der Ploeg (2010), en general en el mundo.

Para éste autor, el enfoque teórico de la modernización se ha ocupado principalmente de los procesos que llevan hacia la agricultura empresarial, y a pesar de las innumerables y argumentadas críticas al paradigma del desarrollo y de la modernización, éste sigue vigente en las ciencias aplicadas y en la producción de políticas que orientan el apoyo o el desestímulo al sector agrario; se supone que sólo quedan empresarios agrarios o campesinos en camino de proletarizarse. De otro lado, considera que, las corrientes campesinistas (como la tradición de estudios campesinos), caen en el error de definir el campesinado desde aspectos de opresión y subyugación o lo consideran bajo una identidad que permanece inalterable.

Ploeg explica que el problema de las teorías modernizadoras y campesinistas es que no permiten ver la variedad de formas de organización de las prácticas campesinas, ni las transformaciones que han ocurrido en ellas: las definen como parte de sistemas agrarios

que existen sólo en zonas del mundo llamadas “periféricas”, considerando que en el “centro” ya no existen campesinos; o definen a éstos como una clase social constituida en las limitaciones, opresiones y carencias; o los ubican como una identidad inmutable que no ha hecho transformaciones en su práctica productiva, social y cultural; o los definen sólo desde aspectos socioeconómicos o desde la actividad productiva agraria.

La “condición campesina”

Las definiciones de las corrientes modernizadoras y las de los campesinistas no logran captar la integralidad de lo que Ploeg llama la “condición campesina”. Por ello, propone una definición que supere sus carencias, la cual refiere a una serie de características así: “el aspecto central de la condición campesina es (1) la lucha por la autonomía que tiene lugar en (2) un contexto caracterizado por relaciones de dependencia, marginación y privación. Va en búsqueda de, y se materializa como (3) la creación y el desarrollo de una base de recursos controlada y administrada por el campesino, que a su vez permite (4) aquellas formas de coproducción del hombre y la naturaleza que (5) interactúan con el mercado, (6) permiten la supervivencia y otras perspectivas y (7) retroalimentan y fortalecen la base de recursos, mejoran el proceso de coproducción, amplían la autonomía y así (8) disminuyen la dependencia. Dependiendo de las particularidades de la coyuntura socioeconómica imperante, tanto la supervivencia como el desarrollo de la propia base de recursos puede ser (9) fortalecida a través de la participación en otras actividades no agrícolas. Por último (10) se encuentran patrones de cooperación que regulan y fortalecen estas interrelaciones” (págs. 48-49).

El autor advierte que hay una enorme heterogeneidad en estas características, incluso donde las condiciones económicas, ecológicas e institucionales corresponden a un conjunto relativamente homogéneo y aun donde se trata de áreas pequeñas. Las características varían dando origen a diferenciación, aspectos comunes y procesos de cambio, donde la explotación campesina puede transformarse en empresarial o en capitalista, y ésta en campesina. Es decir cuestiona el proceso lineal de transformación de la agricultura campesina en empresarial y capitalista, proyectado e interpretado desde diversas teorías. Para Ploeg hay proceso de “recampesinización” cuando una explotación, y quienes la llevan, comporta las características que definen la condición campesina; y hay proceso de “descampesinización” cuando se alejan de éstas⁵.

Los cambios, según él, se relacionan principalmente, con los niveles de dependencia del mercado, la dimensión de la base de recursos, la autonomía lograda y la productividad. Por tanto, puede haber campesinos produciendo en una agricultura netamente capitalista con su base de recursos dependiendo del mercado. Pero también la historia marca procesos donde la producción capitalista o empresarial ha pasado de nuevo a ser campesina, cuando haciendas se han reconvertido en producciones campesinas con re-

parto de tierra o cuando nuevas personas se han incorporado a la agricultura tomando las características de la condición campesina, como por ejemplo ocurre en procesos de agricultura urbana o de personas que van de la ciudad al campo para hacerse campesinos (Cárdenas y Renting. 2014).

Algunos vacíos en la definición de la “condición campesina”

Cuando estudiamos el contenido de cada una de las características propuestas por Ploeg, sobre la condición campesina, vemos que esta definición es bastante completa y no la deja como una identidad fija en el pasado y adscrita a un solo tipo de producción inalterable. Sin embargo tiene varios vacíos: (i) Contar con una base de recursos autocontrolada es un medio para lograr pervivir con su *modo de vida*. Cuando se pone como su objetivo la búsqueda de una base, se reduce la perspectiva. (ii) La noción sobre la tierra está especialmente explicada como parcela de cultivo, pero en realidad los campesinos y campesinas necesitan y buscan no sólo tierra de labranza, sino *el territorio*, donde pueden desarrollar su modo de vida. (iii) En el centro de sus sistemas productivos, de sus prácticas y de sus luchas está además de la autonomía, el cuidado de la vida como principio organizador. (iv) La biodiversidad que es un aspecto central de la coproducción y que genera un variado repertorio de prácticas de apropiación de la naturaleza expresado a su vez en la complejidad de agroecosistemas y de culturas que los crean, está poco desarrollada; así mismo la perspectiva de la supervivencia. (v) Las relaciones de cooperación no son sólo para el mercado. Las redes de relación que explica Ploeg regulan las interacciones entre búsqueda de autonomía, tener y fortalecer una base de recursos autocontrolada, obtener la supervivencia a partir

5 Ejemplos de ello hay en Hungría, Polonia y República Checa cuando sobrevinieron los procesos de reforma agraria luego de la caída del campo soviético. Se repartieron tierras de cooperativas estatales a campesinos y a quienes anteriormente fueron dueños de la tierra, pero a la vez muchos campesinos perdieron su trabajo y se abrió espacio a las empresas de producción agraria capitalista. También hay ejemplos en Cuba con la entrega de tierra de cooperativas estatales a campesinos, ante la evidencia de que no era posible alcanzar las producciones alimentarias necesarias para la población, con la producción controlada por el Estado.

de la coproducción con la naturaleza, el mercado y nuevas actividades (si se precisa), son *relaciones enmarcadas en un territorio* que permite precisamente estos vínculos, territorio que a la vez ha sido moldeado por los seres a quienes ha proveído sustento y el despliegue de su modo de vida.

Agricultura de re-existencia

Entendemos que la agricultura campesina *se arraiga en territorios* y en ellos, campesinos y campesinas construyen *relaciones de apropiación de la naturaleza* como ejercicio de existencia, a partir de prácticas ecológicas, sociales, de producción y económicas. En el ordenamiento de éstas prácticas, procuran *el cuidado de la vida y la resolución de necesidades humanas básicas*. Son *prácticas de resistencia* al arrasamiento, a la pérdida de referentes culturales y a la disolución de sus identidades individuales y colectivas. Mas también son *prácticas de re-existencia* en el sentido que las mueve: hacer y rehacer cada día el tejido de la vida, darle significado y afirmarse como seres humanos: “estos procesos de resistencia se convierten en movimientos para la *r-existencia*. Estos grupos no solamente resisten el despojo y la des-territorialización, ellos redefinen sus formas de existencia a través de movimientos emancipatorios y la reinención de sus identidades, sus modos de pensar, y sus modos de producción y de sustento” (Porto y Leff; en Imprenta; en Escobar, 2014, pág. 93). De esta manera, concebimos que la AC es una agricultura de re-existencia.

Retomando los planteamientos de Escobar (2014) sobre los mundos relacionales y la multiplicidad de mundos, podemos decir que, un mundo relacional como es el mundo campesino, necesita de un territorio no sólo de un terreno con sus recursos y no sólo

de relaciones de cooperación para sus interacciones productivas y de supervivencia, sino un tejido de relaciones que construye el territorio, que hace parte de su cosmovisión y de las trayectorias de presente y de futuro. Siendo un mundo relacional y vinculado a los espacios donde ha coevolucionando, resulta evidente que las sociedades para las cuales la AC es un modo de vida, son diversas y representan una multiplicidad de mundos contruidos y dinámicos, variados según sus ecosistemas, su cultura, su historia de coevolución con la naturaleza y de procesos de lucha, conquista y colonización. Por tanto, la AC también es una constelación de mundos que ofrece alternativas allí donde particularmente se ubica en el planeta.

Las relaciones de apropiación de la naturaleza, la manera cómo ordenan las prácticas ecológicas, sociales, productivas y económicas, la centralidad que dan al cuidado de la vida y el sentido que dan a éstas prácticas, vinculado a su cosmogonía, constituye lo que nombramos “su modo de vida”.

Mirando así la AC, entendemos como sus características las siguientes: 1) defensa de lo local, del territorio; 2) autonomía, dignidad y libertad como valores fundantes de la identidad campesina; 3) relaciones de apoyo e intercambio que apoyan a necesidades básicas; 4) sentido y organización del trabajo, un proceso para tomar y retornar la vitalidad de la tierra; 5) sentido de la producción y su resultado, un proceso para generar el sustento; y 6) acción colectiva, movimientos para la re-existencia.

1. Defensa de lo local, del territorio

Lo local es un espacio donde las personas interactúan con la naturaleza, producen, crean vínculos de reciprocidad y cooperación, construyen

comunidad, desarrollan conflictos y lo resuelven, basados en los valores que tienen significancia para ellas, en el sentido que dan al proceso de la vida, y en su forma de concebir las relaciones con el mundo vivo y no vivo; es un espacio de vinculación al mundo donde se construye una cosmovisión particular, la identidad y las raíces. Este espacio local es el territorio.

Para las comunidades campesinas (pescadoras, pueblos indígenas y afros), lo que en verdad tiene significado es el territorio, no sólo la parcela de cultivo, pues es el que provee las posibilidades de mantener la reproducción social, cultural y material de su modo de vida. Lo que se juegan es un espacio donde garantizar su existencia y para ello requieren pervivir en los lugares donde su cosmovisión les enraíza. Así lo expresan mujeres campesinas articuladas en una organización: *"El territorio es lo que tenemos, nuestras raíces están acá, si nos vamos para otra parte no hay vida"*⁶.

Campesinos y campesinas construyen un mundo relacional con la naturaleza, con otros sujetos, y con la comunidad. Cimientan la comunidad movilizandolos sentimientos de respeto, afecto y reciprocidad. No obstante, en ella surge la conflictividad porque también está atravesada por relaciones de poder, e intentan solucionarla con las pautas que ordenan el modo de vida, aunque no siempre lo logran; además, porque también la comunidad está cruzada por procesos de opresión y marginación que alteran sus pautas.

En este mundo relacional también subyace el patriarcado, y bajo sus premisas interiorizadas de poder, las comunidades tradicionales han subyu-

gado a las mujeres, han invisibilizado sus aportes al mantenimiento de prácticas que favorecen la reproducción de la vida en sus agroecosistemas y a la potencia de las redes territoriales que construyen, han invisibilizado y subvalorado la multiplicidad de tareas que asumen para mantener el sustento, asuntos que incrementan aún más su marginalidad y que incluso obstaculizan avances mayores en sus sociedades.

En el modelo de apropiación de la naturaleza, la biodiversidad es parte del territorio y producto de su coevolución; tiene significado no sólo como posibilidad de producir bienes de consumo y para el mercado, sino también como parte del sistema social y cultural que permite la vida humana. El modo de conservarla, usarla, adaptarla, intercambiarla, etc., tanto dentro de los sistemas productivos como en los ecosistemas en los cuales están insertos, es una práctica de territorialidad.

La superposición de zonas de alta diversidad biológica, genética y de paisajes, con regiones de alta diversidad cultural, indica que actualmente estas zonas corresponden a aquellas donde se encuentra la mayor parte de las comunidades llamadas tradicionales, por lo que el grueso del conocimiento asociado a la biodiversidad se halla también entre ellas⁷.

Que pueda darse la conservación, es gracias a la circulación de material genético y de conocimiento a través de muchas parcelas, de la permanencia de prácticas de selección y mejo-

6 Mujeres campesinas, Yolombó, Antioquia. Sep., 2014.

7 La biodiversidad lleva asociado un detallado conocimiento humano que aportó a la creación de paisajes, especies y variedades, 1200 a 1400 especies y decenas de miles de variedades y razas, en la invención de la agricultura (Toledo & Barrera-Bassols, 2008).

ramiento y de las posibilidades de mantener sobre el territorio el control para ejercer los derechos de sembrar, intercambiar, vender o comprar lo que cada productor o productora considere. Es particularmente importante el papel que las mujeres han tenido en el mantenimiento de variedades locales; la evidencia empírica muestra que las especies que no fueron consideradas valiosas para la agricultura capitalista de monocultivo, fueron conservadas en las parcelas campesinas principalmente por ellas (Zuluaga S., 2011) (Cárdenas S., 2010) (Siliprandi, 2009).

2. Autonomía, solidaridad, dignidad y libertad como valores fundantes de la identidad campesina

El hecho que distingue y define a grupos como los indígenas, afrodescendientes y campesinos, es poner la vida y una perspectiva relacional, en el centro de su concepción del mundo, de habitar los territorios y de producir (Escobar, 2014).

En esta perspectiva relacional, se accionan los valores de sus sociedades y culturas. Orlando Fals Borda (2013), en su propuesta de mirar en retrospectiva para dar lugar a los grupos originarios de nuestras sociedades y rescatar los valores fundantes que de alguna manera estos grupos han preservado, señala la autonomía, la solidaridad y la autoayuda, la dignidad y la libertad. La *autonomía* como valor característico de los colonos pioneros internos, con la cual generaron bienestar basado en el trabajo colectivo. Muchos de ellos buscaron huir de las violencias y las guerras civiles, hicieron autogobierno en los territorios donde se asentaron (piedemontes andinos) y formaron, en diversos casos, economías campesinas muy productivas. La *solidaridad* y la *autoayuda* como valores centra-

les presentes en la cosmogonía de los grupos indígenas⁸: “la solidaridad o el siempre ofrecer... la reciprocidad o el siempre devolver... la no acumulación o el siempre distribuir; y el extraer recursos de la naturaleza sin excederse” (pág. 46). La *libertad* como valor emancipador de los afrodescendientes, la ayuda mutua y la capacidad de recrear e inventar la resistencia. La *dignidad* como valor orientador del campesinado antiseñorial de origen hispánico, que administraron los territorios y los suelos de uso comunal con sentido de dignidad⁹.

Estos son los valores que aportaron estos grupos humanos a la construcción de identidad como nación, que en sus inicios fue básicamente una sociedad campesina. Por tanto, podríamos pensar que el conjunto de tales valores está presente en el modo de vida campesino, en su agricultura, en el manejo particular de su predio por parte de cada productor o productora, así como también, en el manejo colectivo del territorio y de bienes que le son comunes, con base en los valores de su tradición.

No obstante, es también realidad que el avance del desarrollo capitalista basado en la depredación de territorios (Castro, 2012) y del esfuerzo humano, la sacralización de la propiedad privada y de la acumulación de capital, menoscaba en los pueblos campesinos (pescadores, indígenas y afro), los valores que sustentan su modo de vida.

8 Los grupos indígenas americanos son considerados por Fals Borda (2013) como producto de una “secuencia formativa” desde el Centro hasta el sur de América que produjo una civilización comparable a la del oriente medio y la del mediterráneo.

9 El autor explica que parte de la formación del campesinado como grupo social y político, proviene de un sector de los campesinos y artesanos que llegaron de España con tradiciones antiseñoriales.

Por tanto, es de esperar que tales valores fundantes han sufrido distorsiones, cambios y mutaciones.

3. Relaciones de apoyo e intercambio que apoyan a necesidades básicas

Existe en las sociedades campesinas una amplia red de intercambio y donaciones a través de relaciones de vecindad y parentesco, movidas por principios de afecto, reciprocidad y apoyo, por las cuales circulan alimentos, trabajo, insumos, conocimiento, capital, tierra, servicios y dones. El intercambio se lleva al proceso agrícola y no agrícola, formando una tupida red de relaciones que constituye el tejido social (Albó, 2009, pág. 4). Puede observarse en la construcción de obras de infraestructura comunitaria, también en obras para una familia (como la construcción de una casa), y en labores agrarias, que se hacen con base en el trabajo colectivo. También a través de estas redes se manejan bienes de uso común como agua y bosques. Estos intercambios y obsequios tienen que ver con el sentido que dan a la vitalidad y cómo la fuerza de vida circula en el territorio y a lo largo de la existencia.

Las prácticas de autoconsumo forman una parte crucial de éstas redes, pues una porción de los alimentos obtenidos se intercambia u obsequia a través de ellas, bien sea por apoyo entre familias, que en muchos casos amplían la posibilidad de enfrentar inseguridades resultantes de las fluctuaciones de la producción, el clima y los mercados; o para celebrar las cosechas y las fiestas familiares o de la comunidad, caso en el cual también tienen un carácter ritual.

Los intercambios de trabajo, tierra y capital, son decisivos en la reproducción campesina (Forero, 2003) y

ayudan al sostenimiento de las familias, especialmente en momentos de escasez por pérdidas en la producción o por enfermedad de quienes laboran.

Como parte del servicio, de la reciprocidad y el cooperar en la comunidad, está también la labor de orientar asuntos colectivos. Ser parte de las instituciones de la comunidad es vital como integrante y como ser que va caminando en su proceso de la vida; ser quien orienta esta labor tiene un reconocimiento comunitario y social (Cecaña, 2014) y refrenda los pactos mutuos de apoyo y de control sobre lo que acontece en el territorio. Obviamente, no siempre tales vínculos son fluidos, y se originan frecuentemente conflictos que muchas veces se dirimen con base en los acuerdos comunitarios. Si bien estas relaciones son una realidad con contradicciones y conflictos, sí puede verse que es un horizonte que marca la convivencia cotidiana.

4. Sentido y organización del trabajo, un proceso para tomar y retornar la vitalidad de la tierra

En el mundo campesino, el trabajo permite a la tierra devolver su fuerza para que sea luego retornada en lo que pueden tomar de ella los seres humanos, conciben la relación con la tierra y lo que ella les devuelve como parte de la corriente de la vida (Gudeman, 2013). El trabajo no se da solamente a nivel familiar, sino también a nivel comunitario porque, en la producción y reproducción de la agricultura campesina está involucrada la propia parcela, y el territorio en su conjunto.

Se trata (a semejanza del mundo indígena andino amazónico), no sólo de un ejercicio necesario para producir y obtener la supervivencia, sino también de reafirmación de la vida: "la producción y el trabajo son entendidos como espacios de libertad y de

goce en los que se establece la relación con los otros sujetos (el maíz, las aves, etcétera). Se produce como un acto social y no como un acto económico” (Ceceña, 2014, pág. 18).

El trabajo es un proceso de cooperación con la naturaleza que genera sustento; éste proceso y los frutos reflejan su potencia creadora, y es por ello que puede ser fuente de satisfacción; se valora la libertad en que las personas pueden hacer su labor, a diferencia de cuando son contratadas en actividades de la agricultura capitalista, donde dichas actividades están enajenadas y no permiten un sello propio. Ello no quiere decir que no se considera un trabajo arduo y muchas veces no compensado cuando las producciones se llevan al intercambio mercantil.

5. Sentido de la producción y su resultado, un proceso para generar el sustento

Entre naturaleza y ser humano hay una intensa transformación mutua (Guzmán, 2006), que se actualiza cotidianamente en los procesos de coproducción. En éstos, los recursos sociales y naturaleza crean y generan, dando origen a nuevas coproducciones que no sólo son productos de la tierra (Ploeg, 2010).

La manera cómo el campesinado organiza las prácticas, los recursos y su red de relaciones, constituye el “modo de explotación campesino” (Ploeg, 2010) (o “sistema tradicional/indígena”: informe IAASTD¹⁰). Este presenta variaciones que atañen a los sistemas de conocimiento, los modos de vida y las cosmovisiones que vinculan naturaleza y cultura (Armbrecht, Cetrángolo, Gonzales, & Perfecto,

2010), y corresponden a un contexto sociocultural particular en cada territorio. Este contexto también incluye la parte espiritual pues la eficiencia técnica, biológica o económica no son suficientes para dar sentido a la existencia (Rist, 2010).

El modo de organizar la producción lleva a que, incluso siendo pequeñas, las fincas campesinas sean más productivas que las grandes, a pesar de lo que se supone. Se explica entre muchas razones, por la complejidad de sus sistemas que integran cultivos y animales, permitiendo un ciclaje intensivo de nutrientes; y también por un empleo cuidadoso de la mano de obra, especialmente cuando la tierra es propia (Rosset, 2000).

Agricultura de autoconsumo: pilar de la agricultura campesina¹¹

Tanto en la producción destinada al autoconsumo como al mercado (componentes integrales de los sistemas campesinos), las prácticas productivas y los resultados, se orientan a la pervivencia en el tiempo de sus sociedades, con sus cosmovisiones particulares.

La agricultura de autoconsumo es una parte importante en la construcción de un sistema agroalimentario localizado. Este sistema se basa en la cultura alimentaria y la diversidad agraria; en la valoración de los conocimientos ancestrales y de los recursos endógenos del territorio; y en las relaciones de territorialidad y vecindad, fundadas en la autonomía, la solidaridad, y la reciprocidad. La AA contribuye al ingreso de las familias al proporcionar un notable ahorro de gastos

10 Evaluación internacional del conocimiento, ciencia y tecnología en el desarrollo agrícola (IAASTD) América Latina y el Caribe, 2010.

11 Este apartado se basa en el texto: La agricultura de autoconsumo. Un pilar de la agricultura familiar. Cárdenas, S. y Renting, H. (2014). Agricultura familiar en España. Anuario 2014. Fundación de Estudios Rurales. Unión de Pequeños Agricultores y Ganaderos de España (UPA). Madrid pp. 257-263.

monetarios, y a niveles crecientes de autonomía familiar y local, al controlar parte de los alimentos básicos e insumos de producción. Por lo cual puede decirse que se funda en principios de soberanía alimentaria.

En muchos sistemas campesinos la AA resulta clave para su continuidad, representa una fuente importante de su dinamismo e innovación y es parte constitutiva de la forma de organización de la vida social y económica y de su racionalidad productiva.

El rol que la cultura le ha asignado a las mujeres, ligado a resolver necesidades básicas como el alimento cotidiano, explica su intenso papel en esta agricultura y su amplia participación en organizaciones que se movilizan para fortalecerla y detener los efectos de la degradación ambiental sobre los medios de vida. Generalmente es un papel invisible y realizado en condiciones de poco acceso y control a una base de recursos, lo que aumenta su marginalidad y subordinación social. Con frecuencia, participar en éstas dinámicas de fortalecimiento de su agricultura, les hace dimensionar sus potencialidades y dificultades; de esta manera derivan en múltiples preguntas por su ser mujer y en la construcción de su autonomía, y de su empoderamiento social y económico.

Los agricultores ordenan las relaciones con el mercado de tal manera que les permita flexibilidad y libertad para reaccionar frente a las eventualidades que éste y sus cosechas presentan (Ploeg, 2010). Si bien la producción de autoconsumo y la destinada al mercado son complementarias, en la práctica se observan tensiones. El autoconsumo depende en gran medida de la mano de obra de las mujeres y un aumento de las actividades de producción para el mercado, muchas veces va

en detrimento del autoconsumo pues deben repartir su trabajo entre ambas y frecuentemente están sobrecargadas. Estas decisiones suelen ser tomadas por los hombres que llevan la finca y sin la participación de ellas.

Resulta interesante por qué frecuentemente las mujeres campesinas no se ven atraídas por la agricultura de mercado a pesar de la posibilidad de incrementar más significativamente ingresos propios y ganar autonomía económica, asunto que parece vinculado con asumir riesgos, que para ellas van más lejos que el económico: implica riesgos sociales y culturales.

Dado que tienen pocos activos productivos, ingresos y mano de obra disponible, prefieren garantizar la producción de subsistencia y la seguridad de los ingresos (aunque éstos sean pequeños), a través de los mercados locales donde acostumbran vender los excedentes de las producciones de autoconsumo y “donde conocen su dinámica no sólo de oferta y demanda, sino también del contexto económico; las condiciones climáticas y cambios ocurridos; las dinámicas culturales tales como las festividades con las que se asocia el consumo de ciertos productos; y los clientes, su fidelidad, capacidad de pago y/o de endeudamiento” (Berrío, et al, 2013, pp. 49-50). Priorizan este mercado local, en lugar de arriesgarse a mercados manejados con variables que ellas no pueden controlar: legislaciones, reglas y normativas (Berrío, et al., 2013). En contraste, la producción de autoconsumo, les ha permitido avanzar en su autonomía, con el menor riesgo.

Hemos dicho que en la ordenación de prácticas ecológicas, sociales, productivas y económicas, la agricultura campesina pone en el centro el cuidado de la vida y la resolución de

necesidades básicas. La evidencia empírica muestra que, en la medida que la agricultura capitalista penetra en los espacios campesinos con el modelo de homogenización genética y el asocio a paquetes tecnológicos, es en la agricultura de autoconsumo donde se han salvaguardado especies, biodiversidad, conocimiento, y el sentido de tejer la vida y alentarla cotidianamente. Y es allí donde se resiste a la deslocalización de los sistemas agroalimentarios, donde se mantienen las producciones que permiten la autonomía y donde se dinamiza con mayor fuerza las redes de relación que mantienen la territorialidad y la comunidad. Estando las mujeres centradas en las tareas de cuidados, que incluyen la AA, su papel en el mantenimiento de los aspectos mencionados es indudable, por tanto, es un papel preeminente en el mantenimiento y dinamización de esta agricultura de re-existencia.

Preservar el papel de la agricultura de autoconsumo implica un cambio dentro de las relaciones familiares y sociales de producción tales como el acceso de las mujeres a condiciones productivas y económicas y su posicionamiento para negociar y decidir.

6. Acción colectiva, movimientos para la re-existencia

La producción como la realizan campesinos y campesinas necesita un entorno comunitario del que puedan obtener lo necesario para su reproducción social y económica. Es decir, necesitan conocimientos, recursos productivos y las relaciones de cooperación y reciprocidad que pueden permitir el acceso a éstos de manera oportuna. Contar con tales recursos es posible a través de las redes de intercambio que construyen, o a través de la institucionalidad comunitaria que puede gestionarlos, a partir de accio-

nes colectivas que promueven estrategias para facilitarlos o que demandan a la sociedad y al Estado su acceso. Un entorno comunitario posibilita construir colectivamente este acceso, “cosa que sería muy difícil o hasta imposible para un pequeño productor en un entorno dominado únicamente por relaciones mercantiles” (Vacaflares, pág. 13).

En el caso de organizaciones campesinas de mujeres, facilitar el acceso a una base propia de recursos o incluso a la construcción de pequeños patrimonios, que han sido históricamente negados para ellas, es extremadamente relevante, mucho más cuando a la vez permite valorar lo propio y una criticidad de las inconsistencias y contradicciones que hay en sus sociedades que las han marginado y subordinado. De ello deviene una potencia identitaria enorme, que genera poder y demanda nuevos hechos de justicia social para el cuidado de los bienes comunes y justicia de género, para favorecer con recursos y espacios políticos las propuestas que construyen las mujeres.

La acción colectiva también se enfoca a las luchas para la defensa de los territorios ante la extracción de toda suerte de recursos naturales y sociales que destruyen los medios de los que depende la subsistencia de las comunidades rurales; para defender sus sistemas agrarios frente a los mecanismos del mercado que les son adversos; y frente a nuevas formas de control territorial como son los proyectos conservacionistas de la naturaleza o de la biodiversidad, que desconocen las rutas propias de los pueblos en estos aspectos, “las luchas frente a la imposición de sistemas productivos de agricultura moderna y las luchas por la imposición de la conservación de biodiversidad como parte del capitalismo verde, o del capitalismo en su fase

ecológica, son luchas en defensa del territorio, modos de vida e identidad (Toledo A. , 1998)(Escobar, 2014).

Colofón a la re-existencia:

Comparto el siguiente texto de la vivencia de una comunidad en reconstrucción de sus referentes culturales, su identidad y su existencia. Ocurre en 1999, en una región petrolera al nororiente de Colombia a donde campesinos, y sobretodo campesinas, llegaron procedentes de diferentes pueblos de los que fueron expulsados por la guerra. Si bien es una situación extrema, ha sido vivida por muchas comunidades campesinas, pescadoras, indígenas y afro. En este relato pueden verse reflejadas las características que acabo de exponer y el lugar indispensable e impensado que a las mujeres les ha tocado ocupar en la re-existencia de sus propias vidas, de sus familias y de las comunidades, en la construcción de nuevos territorios, y cómo el lugar de la agricultura de autoconsumo es movilizador de esa re-existencia.

Labrando el patio rojo y pescando en Yuma

“En el destierro la señora Natividad llevaba en su cabeza, en sus manos y en su cuerpo, como una semilla, la memoria del sistema agrario labrado con su esposo y dos de sus hijos asesinados.

Desposeída del plantío, lo siembra fuera de la casa. Sus manos extraen comida al diminuto terruño de apenas 15 metros cuadrados. En el suelo rojo, sin manto cuando llegó, tiene ahora sembradas seis especies de pancoger, seis de frutales, tres de alimento para animales, diez de aromáticas y medicinales, y además una variedad amplia de jardín, cinco gallinas y tres patos. Los frutales no pueden desarrollarse en este espacio y están sembrados como plantas medicinales o para regalar a alguien que sí tiene espacio... Al llegar a

trabajar con ellas, entre las plantas de frijol y espinaca, se comprende que la guerra no ha quedado donde dejaron sus tierras. Suenan ráfagas cerca. Como otras veces, todas entran a la casa, se esconden bajo los camastros sin colchón. Una vez pasan los disparos, salen de nuevo a la huerta y siguen la labor. Algunas siembran en las pequeñas eras y otras, en las bañeras y poncheras partidas que han recogido en el basurero. Labran con picas medio rotas y gambias amelladas. Son tercas de esperanza y han arañado a la economía salidas imposibles. Ahora producen alimento, “una comida” de espinacas o berenjena, una que tengan de su propia mano, calma el hambre de la chiquillada huérfana a su cargo.

En la época de la subienda de pescado, la alegría de saborearlo mueve el vecindario. La señora Natividad, se va con la señora Toña, a Yuma, el Rio Grande de La Magdalena, a pescar... En el río encuentran otro pescador salido de su mismo éxodo. Conocedor de sus aprietos, les brinda puesto en su canoa. Navegan silenciosos hasta las cinco de la mañana. Regresan con su añorada dieta a rememorar la comida que solían tomar. Deben hacer atajos, pues la policía requisas sus costales y decomisa el pescado, por no ser transportado en la “cadena de frío”. Al llegar, se van al convite para la siembra. Desde hace tres meses, siembran en los patios y se ayudan en las tareas difíciles. Cuando termina el convite, la alegría invade la invasión: se come el pescado y el plátano fritos, mientras los dos únicos hombres, uno canta vallenatos y otro toca los cueros del taburete como tambor. Las pescadoras madrugaron, arreglaron los pescados, hicieron el almuerzo colectivo y ahora es turno de levantar el convite. En una semana, lo reiniciarán donde la señora Marcelina. De nuevo con escasas herramientas y desmesuradas ganas, harán su culto a la tierra y al agua. Ellas entre los obstáculos del derecho, harán su trabajo con caso omiso de las leyes que

infringen: labriegas invasoras y furtivas pescadoras".¹²

Es este sentido de tejer vínculos, de restañar heridas, de alimentar esperanzas, de persistir en la sobrevivencia al asedio, al asalto y al control, una capacidad enorme de las mujeres y que en situaciones extremas se torna no solo subsistencia sino supervivencia.

El ritual del encuentro, de compartir los vínculos con los que se enraízan en los territorios, es parte de la creación de movimiento para dar fuerza a las alternativas que la comunidad construye. Es un proceso de reinventar territorios desde su práctica cotidiana,

de reconstruir el sentido de la existencia. "Reexisten. Vuelven a asumir su voluntad de poder ser como son; no como han sido, sino como quieren ser. Despiertan sus sueños, renacen sus utopías, para reinventar su existencia, para pasar del resentimiento por la opresión al re-resentimiento de sus vidas" (Leff, 2004, pág. 449).

Así, en los territorios rurales del mundo, donde se coproduce con la naturaleza, mujeres y hombres vinculados a la tierra, interpretan los ciclos de la vida y repiten el ritual milenario del cultivo que hace posible hoy que sobrevivamos y sigamos la saeta de nuestros sueños.

12 Fragmento adaptado de "Labrando el suelo rojo y pescando en Yuma ". En: Cárdenas, S. (2010). Tejedoras del Gran Canasto. Voces y silencios. Escuela Nacional Sindical. Corporación Educativa Combos. Medellín. 27-29.

Bibliografía

1. Albó, X. (2009). Suma qamaña = el buen convivir. Bolivia.
2. Armbrrecht, I., Cetrángolo, H., Gonzales, T., & Perfecto, I. (2010). *Evaluación internacional del conocimiento, ciencia y tecnología en el desarrollo agrícola (IAASTD) América Latina y el Caribe*.
3. Berrío, A., Sepúlveda, E., Moreno, L., Rivera, R., & Cárdenas, S. (2013). *Cuadernos sobre economía de las mujeres. No. 2 Economía feminista. Las mujeres tejen iniciativas hacia su autonomía y empoderamiento económico*. Medellín: Corporación Vamos Mujer.
4. Cárdenas S., S. (2010). Transición agroecológica para la subsistencia y la autonomía realizada por campesinas en una zona de conflicto armado en Antioquia, Colombia. Tesis. Maestría en Agroecología: un enfoque sustentable de la agricultura ecológica. Programa Interuniversitario Oficial de Posgrado Universidad de Córdoba, Universidad Interacional de Andalucía y Universidad Pablo de Olavide.
5. Castro, C. (mayo de 2012). Colombia es el típico ejemplo en América de acumulación por desposesión (nota sobre conferencia de David Harvey en Buenos Aires). <http://canalcultura.org/2012/05/02/colombia-es-el-tipico-ejemplo-en-america-latina-de-acumulacion-por-desposesion-david-harvey/>.
6. Ceceña, A. (2014). Del desarrollo al “vivir bien”: la subversión epistémica. En A. Girón, *Del “vivir bien” al “buen vivir” entre la economía feminista, la filantropía y la migración: hacia la búsqueda de alternativas* (págs. 11-21). México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Económicas.
7. Comunidad Andina. (2011). En *Agricultura familiar agroecológica campesina en la comunidad andina. Una opción para mejorar la seguridad alimentaria y conservar la biodiversidad*. Perú.
8. Escobar, A. (2007). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo* (1ra ed.). (D. Ochoa, Trad.) Caracas: Fundación Editorial el perro y la rana.
9. Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: Universidad Autónoma Latinoamericana.
10. Fals Borda, O. (2013). Socialismo Raizal y el ordenamiento territorial. Estudio introductorio: Damían Pachón Soto. Bogotá: Ediciones Desde Abajo .
11. Forero, J. (Diciembre de 2003). *Campesinado y sistema alimentario en Colombia*. Recuperado el 20 de abril de 2014, de http://www.javeriana.edu.co/ear/d_des_rur/documents/campesinadoysistemaalimentarioencolombia.pdf.
12. Gudeman, S. (julio-diciembre de 2013). Energía vital La corriente de relaciones. *Antípoda Revista de Antropología y Arqueología Universidad de Los Andes*(17), 25-47.

13. Guzmán, M. (Septiembre/diciembre de 2006). Biodiversidad y conocimiento local: del discurso a la práctica basada en el territorio. *Espiral, estudios sobre Estado y sociedad*, XIII(37), 145-176.
14. Leff, E. (2004). *Racionalidad ambiental. La reapropiación social de la naturaleza*. México: Siglo XXI Editores.
15. Ospina, W. (23 de enero de 2015). La grandeza de los libros la hacen sus adversarios. entrevista de Steven Navarrete Cardona. *El Espectador*. <http://www.elespectador.com/noticias/cultura/grandeza-de-los-libros-hacen-sus-adversarios-articulo-539538>.
16. Pachón, D. (2013). Estudio introductorio: El socialismo raizal y la sociología de Orlando Fals Borda. En O. Fals Borda, *Socialismo raizal y el ordenamiento territorial* (págs. 7-30). Bogotá: Ediciones Desde Abajo.
17. Ploeg, J. (2010). *Nuevos Campesinos. Campesinos e imperios alimentarios* (1ra. ed.). Barcelona, España: Icaria.
18. Rist, E. (2010). Agroecología y saber indígena Andino. Maestría de Agroecología. Módulo X. Baeza: Universidad Internacional de Andalucía.
19. Rosset, P. (Julio- agosto de 2000). En defensa de las pequeñas fincas. Una entrevista con Peter Rosset. *Monitor Internacional*, 21(7-8), 1-7.
20. Santos, B. d. (2006). Capítulo I. La Sociología de las Ausencias y la Sociología de las Emergencias: para una ecología de saberes. En B. d. Santos, *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*. Buenos Aires, Argentina: Encuentros en Buenos Aires.
21. Santos, B. d. (2009). *Una epistemología del sur: la reinvención del conocimiento y la emancipación social*. (J. G. Gandarilla Salgado, Ed.) México: Siglo XXI- CLACSO.
22. Santos, B. d. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo, Uruguay: Ediciones Trilce- Extensión universitaria. Universidad de la República.
23. Siliprandi, E. (2009). *Mulheres e Agroecologia: a construcao de novos sujeitos politicos na agricultura familiar. tese de Doutorado*. Brasilia: Universidade de Brasilia, Centro de Desenvolvimento Sustentavel.
24. Toledo, A. (1998). *Economía de la biodiversidad*. México: PNUMA.
25. Toledo, V., & Barrera-Bassols, N. (2008). *La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales* (1ra ed.). Barcelona: Icaria.
26. Vacaflores, C. (sf). La lucha por la tierra es la lucha por el territorio: una perspectiva decolonial de la lucha campesina, indígena y originaria en América Latina. recuperado de: <http://www.uff.br/vsinga/trabalhos/Trabalhos%20Completo/Carlos%20Alfredo%20Vacaflores%20Rivero.pdf>.
27. Zuluaga S., G. (2011). Multifuncionalidad de la agroecología. Un estudio sobre organizaciones de mujeres campesinas en Colombia. *Tesis. Doctorado en Agroecología, sociología y desarrollo rural sustentable*. Universidad de Córdoba.